

# Tirar Todos Para un Mismo Lado

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

**1 Corintios 1: 10 = Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis toda una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.** Todos hemos vivido esto alguna vez. Un grupo que empezó con ilusión. Con ganas. Con proyectos compartidos. Y, sin darse cuenta, algo se fue rompiendo. No fue una pelea grande. No fue un conflicto claro. Fueron pequeñas cosas. Palabras dichas sin cuidado. Silencios que se hicieron largos. Opiniones que dejaron de escucharse. Y un día te das cuenta de que ya no se camina igual. Se está juntos... pero no unidos. Hoy quiero hablar de eso. De lo que nos separa. Y de lo que, si queremos, todavía puede volver a unirnos. Alguien supo decir alguna vez que, en muchos casos, las diferencias se vuelven como verdaderos muros. Sin embargo, y con todos los elementos en las manos, hay que estimar que las diferencias no son el problema. Nunca lo fueron. Pensar distinto es natural. Sentir distinto es humano. Ver la vida desde otro lugar es inevitable. El problema empieza cuando dejamos de ver al otro como persona y empezamos a verlo como obstáculo. Cuando creemos que, para que yo esté bien, el otro tiene que estar equivocado. Ahí nace la división. No de las ideas, sino del orgullo. Ahora bien, la pregunta que se impone aquí, es: ¿Cómo se supone que se rompen los grupos? En principio, habrá que consignar que ningún grupo se rompe de golpe. Se rompe despacio. Primero dejamos de preguntar. Después dejamos de escuchar. Y finalmente dejamos de confiar. Cada uno empieza a defender su lugar. Su opinión. Su forma de ver las cosas. Y sin darnos cuenta, ya no caminamos juntos. Caminamos en paralelo. Cerca... pero separados. Porque, quiero recordártelo, estar en unidad en algo o con alguien, de ninguna manera es sinónimo de ser iguales en algo o con alguien. Hay algo importante que necesitamos entender. Unidad no es uniformidad. Unidad no es que todos pensemos igual. No es que todos digamos lo mismo. No es que nadie cuestione nada. Unidad es algo más profundo. Es decidir que la relación vale más que ganar una discusión. Es entender que puedo pensar distinto... sin dejar de respetarte. Te comparto una imagen ficticia, pero de origen real, que te lo puede explicar con mayor claridad. Imagina una orquesta. Cada músico toca un instrumento distinto. Sonidos distintos. Ritmos distintos. Si todos tocaran lo mismo, no habría música. Habría ruido. La armonía no nace de ser iguales. Nace de escucharse. Cuando alguien deja de escuchar, la música se rompe. Entonces, la gran duda en forma de pregunta, es: ¿Cuál sería la raíz real del conflicto? La mayoría de los conflictos no nacen por falta de ideas. Nacen por falta de humildad. Por querer tener razón. Por no querer ceder. Por miedo a perder control. Nos cuesta decir: "Tal vez no lo estoy viendo todo." Y cuando nadie está dispuesto a dar ese paso, el grupo se fragmenta. Somos dos y no pensamos de la misma manera. ¿Qué debemos hacer? Lo ideal sería pensar CON el otro, no CONTRA el otro. Hay una diferencia enorme entre pensar distinto y pensar en contra. Pensar con el otro es buscar entender. Pensar en contra es buscar vencer. Uno construye. El otro destruye. La verdadera madurez no está en imponer. Está en dialogar. Sin embargo, lo que realmente importa es que, en el fondo, todos queremos lo mismo. Ser escuchados. Ser respetados. Sentir que pertenecemos. Cuando eso se pierde, ninguna idea alcanza para sostener un grupo. Las comunidades no se mantienen por acuerdos perfectos. Se mantienen por relaciones cuidadas. ¿Y como aplicamos todas estas cosas a nuestra vida? Piensa en tu entorno. En tu familia. En tu trabajo. En tus amistades. ¿Dónde se dejó de escuchar? ¿Dónde se empezó a hablar más fuerte en lugar de hablar mejor? Tal vez hoy no hace falta resolverlo todo. Tal vez solo hace falta un gesto. Escuchar sin interrumpir.

Responder sin atacar. Mirar sin juzgar. Reconstruir no es fácil. Requiere paciencia. Requiere humildad. Requiere renunciar a tener siempre la última palabra. Pero es el único camino que no deja heridas. Tal vez no podamos pensar siempre igual. Tal vez nunca lo hicimos. Pero siempre podemos elegir algo más importante. No rompernos por dentro. No perder el respeto. No dejar de caminar juntos. Porque cuando todos tiramos para el mismo lado, aunque seamos distintos... algo profundo se ordena. Hablar de unidad espiritual no es hablar de uniformidad, ni de pensar todos igual, ni mucho menos de usar el mismo vocabulario religioso o cantar las mismas canciones. La unidad espiritual es algo más profundo, más silencioso y, curiosamente, más poderoso. No se impone, no se fabrica y no se decreta en una reunión: se vive. La Biblia no presenta la unidad como una estrategia organizacional, sino como una realidad espiritual que nace del corazón transformado. Jesús no oró para que todos fuéramos idénticos, sino para que fuéramos uno, "**como el Padre y el Hijo son uno**". Eso ya nos dice algo importante: la unidad no anula la diversidad, la abraza. En lo espiritual, la unidad no empieza cuando estamos de acuerdo, sino cuando decidimos amar aun cuando no lo estamos. Porque seamos sinceros: si la unidad dependiera de que todos pensemos igual, el cristianismo habría durado aproximadamente quince minutos... y con suerte. Dios nunca tuvo un problema con la diversidad. De hecho, la creó. Hay días, noches, montañas, desiertos, personas tranquilas y personas que hablan antes de pensar (todos conocemos al menos una). El problema no es la diferencia, sino el orgullo que no sabe convivir con ella. La Biblia usa una imagen brillante: el cuerpo. Un cuerpo con solo manos sería inútil, y uno lleno de ojos sería bastante inquietante. Cada parte es distinta, pero todas dependen de la misma vida. La unidad espiritual ocurre cuando dejamos de competir por protagonismo y empezamos a celebrar la función del otro. No se trata de quién predica mejor, ora más fuerte o canta más afinado. Se trata de quién ama más fielmente. Curiosamente, la mayor amenaza para la unidad espiritual no es el error doctrinal, sino el ego inflado con versículos bíblicos. Nada rompe más la comunión que una verdad usada sin amor. La Biblia es clara: se puede tener razón y estar completamente fuera del espíritu de Cristo. La unidad espiritual exige humildad, y la humildad es una de esas virtudes que desaparece justo cuando creemos que ya la tenemos. Requiere escuchar, ceder, pedir perdón y, en ocasiones, callar... lo cual, para algunos, es un milagro mayor que la multiplicación de los panes. La verdadera unidad espiritual no necesita demasiadas explicaciones, porque se nota. Se nota cuando hay respeto, cuando hay gracia para el que falla, cuando nadie es descartable. Se nota cuando la comunidad se parece más a una mesa compartida que a un tribunal. Jesús no construyó su comunidad alrededor de personas perfectas, sino de personas dispuestas. La unidad no consiste en que nadie se equivoque, sino en que nadie quede solo cuando se equivoca. En un mundo fragmentado, polarizado y agotado de peleas, la unidad espiritual es un testimonio contracultural. No grita, no se impone, pero atrae. Cuando personas distintas caminan juntas con amor genuino, el mensaje del Evangelio se vuelve visible. La unidad no significa ausencia de conflictos, sino presencia de reconciliación. No significa que nunca haya tensiones, sino que el amor siempre tiene la última palabra. La unidad espiritual comienza con decisiones pequeñas: escuchar antes de responder, amar antes de juzgar, entender antes de corregir. Comienza cuando dejamos de preguntar "¿quién tiene razón?" y empezamos a preguntar "¿cómo reflejamos mejor a Cristo juntos?". Al final, la unidad no es un logro humano, sino una obra del Espíritu en corazones dispuestos. No es algo que se exige, sino algo que se cultiva. Y cuando se vive, transforma comunidades enteras en espacios de gracia, verdad y esperanza. Porque la unidad espiritual no nos hace iguales. Nos hace hermanos. Y eso, en un mundo dividido, ya es un milagro. Ahora te voy a compartir diez versículos, seleccionados entre otros, que nos hablan de esta forma de unidad posible, factible y necesaria para el pueblo de Dios en sana convivencia. Son textos que, seguramente, tienes que haber leído decenas de veces, pero que quizás nunca lograste verlos del modo en que luego de acceder a lo dicho, podrás verlos hoy.

1. ***Juan 17:21 = Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.***

La unidad no significa que todos sean iguales, sino que aprendan a caminar juntos. Así como una familia puede tener

opiniones distintas y aun así permanecer unida, la comunidad cristiana está llamada a cuidarse y respetarse mutuamente. La gran pregunta que deberías formularte, es: ¿Estoy buscando más tener la razón o cuidar la relación con los demás? ¿Contribuyo a la unión o, sin darme cuenta, a la división? Porque, en definitiva: ¿Qué cosas nos unen como comunidad? ¿Qué actitudes podrían ayudarnos a parecernos más a una familia que se apoya?

2. ***Efesios 4:3 = Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;***

La unidad requiere trabajo. No se mantiene sola. Se cuida con paciencia, diálogo y decisiones conscientes de actuar con calma y respeto, incluso cuando hay desacuerdos. Debes preguntarte si estás dispuesto a esforzarte por la paz, aun cuando implique ceder o escuchar más. ¿Tienes claro si algunas Situaciones te han generado tensión? ¿Cómo podrías enfrentarlas de una manera más pacífica?

3. ***1 Corintios 1:10 = Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.***

Las divisiones suelen surgir cuando cada persona se encierra en su punto de vista. La armonía aparece cuando se valora más el bien común que la opinión individual. Podrías formularte estas preguntas: ¿Escucho realmente a los demás o solo espero mi turno para hablar? ¿Cómo podemos mejorar nuestra forma de dialogar cuando no pensamos igual?

4. ***Salmos 133:1 = ¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es Habitar los hermanos juntos en armonía!***

La unidad no solo es correcta, también trae bienestar. Donde hay unión, hay confianza, apoyo y un ambiente sano para crecer juntos. ¿Cómo me siento cuando hay unidad a mi alrededor? ¿Qué puedo hacer para cuidarla? ¿Qué momentos de verdadera unidad hemos vivido juntos? ¿Qué los hizo especiales?

5. ***Colosenses 3:14 = Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.*** Hay una versión que lo dice así: ***Por encima de todo, practiquen el amor, que mantiene todo unido.***

El amor es la base que sostiene cualquier comunidad. No es solo emoción, sino acciones diarias: respeto, comprensión y ayuda mutua. ¿Mis palabras y acciones reflejan amor, incluso cuando estoy cansado o molesto? ¿Qué gestos concretos de amor podríamos practicar más entre nosotros?

6. ***Romanos 12:5 = Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.***

Cada persona es importante. Nadie sobra. La diversidad no debilita la unidad; la enriquece cuando se reconoce el valor de cada uno. ¿Valoro mi aporte y también el de los demás, aunque sea diferente al mío? ¿Qué talentos o fortalezas vemos en cada persona del grupo?

7. ***Gálatas 3:28 = Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.***

Las diferencias sociales, culturales o personales no deben ser barreras. La unidad nace cuando todos son tratados con la misma dignidad y respeto. ¿Hay alguien a quien, consciente o inconscientemente, considero menos importante? ¿Cómo podemos ser un espacio donde todos se sientan incluidos y valorados?

8. ***Filipenses 2:2 = Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.***

Compartir un mismo sentir no es pensar igual, sino preocuparse por el bienestar del otro. La unidad crece cuando hay empatía. ¿Me importa realmente lo que el otro está viviendo? ¿Cómo podemos apoyarnos mejor en momentos difíciles?

9. **1 Pedro 3:8 = Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables;**

La unidad se construye con actitudes simples pero poderosas: comprender antes de juzgar, ayudar sin esperar algo a cambio y reconocer que nadie lo sabe todo. ¿Cuál de estas actitudes necesito fortalecer más? ¿Qué cambios pequeños podrían mejorar nuestra convivencia?

10. **Hechos 4:32 = Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.**

La unidad verdadera se nota en los hechos. Compartir tiempo, recursos y apoyo muestra que nadie está solo y que todos importan. ¿Estoy dispuesto a compartir lo que tengo para el bien de otros? ¿Qué necesidades existen entre nosotros y cómo podemos responder juntos? La unidad es como ese pegamento invisible que mantiene todo en su lugar. No es solo un concepto bonito que aparece en discursos o en canciones patrióticas; es una herramienta práctica, un recurso cotidiano que puede cambiar la vida de cada uno de nosotros. Cuando hablamos de unidad, no hablamos de uniformidad ni de borrar diferencias. Al contrario, se trata de reconocerlas y de construir sobre ellas. En lo social, la unidad nos recuerda que cada gesto cuenta. Un saludo amable, un apoyo sincero, una escucha atenta: son hilos que tejen redes de confianza y amistad. No necesitamos ser gigantes ni héroes para hacer que nuestra comunidad funcione mejor; basta con sumar pequeños actos que muestren que nos importamos entre todos. En lo político, la unidad no significa que todos pensemos igual, sino que podemos coincidir en lo esencial: el bienestar común. Es como un equipo de fútbol: cada jugador tiene su estilo, pero todos corren hacia el mismo arco. Sin esa coordinación, los partidos se pierden, y lo mismo ocurre con cualquier proyecto colectivo. En lo artístico, la unidad aparece cuando diferentes talentos se encuentran y crean algo más grande que la suma de sus partes. Una canción, una obra de teatro, una pintura colectiva: nada de esto surge del aislamiento. Cada idea, cada trazo, cada nota se enriquece con la presencia del otro, y la magia está en la colaboración. En lo deportivo, la unidad se hace visible de manera casi tangible. Basta con mirar un equipo que se entiende con una mirada, que celebra las victorias y aprende de las derrotas juntos. Allí no importa quién mete el gol, sino que todos empujan en la misma dirección. Y fuera del estadio, ese mismo principio nos enseña que compartir metas y apoyarnos unos a otros hace cualquier desafío más llevadero. En el ámbito familiar, la unidad es la base de todo hogar. No se trata de perfección ni de evitar conflictos; se trata de estar presentes, de escucharse, de sostenerse. Incluso los desacuerdos se vuelven menos dolorosos cuando hay un compromiso común de cuidado y respeto. Una familia unida no es la que siempre está de acuerdo, sino la que se mantiene unida pese a las diferencias. La unidad también tiene humor. Sí, porque nada une más que reírse juntos de los errores, de los tropiezos, de las pequeñas ironías de la vida. Esa risa compartida es una chispa que ilumina cualquier vínculo y nos recuerda que, al final, estamos en el mismo barco, aunque cada uno tenga su remo. Además, la unidad es práctica. No es un ideal abstracto; es una estrategia que funciona. Los proyectos avanzan más rápido, los conflictos se resuelven con menos desgaste, y la vida cotidiana se vuelve más llevadera cuando nos apoyamos mutuamente. Por eso, invertir en unidad es invertir en eficiencia y en felicidad. Sin unidad, cada esfuerzo es aislado y limitado. Con unidad, incluso lo más pequeño puede generar grandes cambios. Una comunidad que se une, una familia que se sostiene, un equipo que se coordina, un grupo de artistas que colabora: todos multiplican su fuerza y su impacto. Al final, la unidad no es un acto heroico ni un sacrificio doloroso. Es una elección diaria, simple y concreta: escuchar más, ayudar más, compartir más. Es un recordatorio de que todos tenemos un papel que jugar, y que juntos podemos alcanzar metas que solos serían inalcanzables. Así que, en todos los terrenos de la vida, desde lo familiar hasta lo social, lo político, lo artístico y lo deportivo, la unidad no es solo conveniente: es necesaria. Y si además le ponemos un poco de humor y cariño, el viaje se hace más ligero, más agradable y mucho más humano. Unidad no es perfección, es acción; no es homogeneidad, es colaboración; no es sacrificio, es inteligencia práctica. Y cuando logramos eso, descubrimos que el mundo funciona mejor, que las relaciones se fortalecen y que incluso los

desafíos más grandes parecen más fáciles de enfrentar. Así que valoremos la unidad, no como un concepto lejano, sino como una herramienta cotidiana, capaz de transformar nuestras vidas y las de quienes nos rodean. Porque unidos, todo es posible... y, de paso, nos reímos un poco más del caos que nos rodea. Es como ver a un carro atascado en el barro sin poder moverse. Todo nos daría igual, si no fuera porque en ese carro está almacenada la comida para todos. ¿Qué cabe, entonces? Juntarnos, tomar las varas del carro atascado y, de una vez por todas, tirar todos para el mismo lado. Después si quieres lo analizamos, pero lo primero es lo primero. La unidad en el Espíritu no es una opción, sino un llamado divino que nace del corazón de Dios. Desde el principio, el Señor se reveló como comunión perfecta, invitándonos a reflejar Su naturaleza. Jesús oró para que fuéramos uno, como Él y el Padre son uno, mostrando la profundidad de ese deseo. Esta unidad no se construye desde la carne, sino desde la obra viva del Espíritu Santo. No es uniformidad de pensamiento, sino comunión en el amor y en la verdad. Cuando caminamos en el Espíritu, aprendemos a ver al otro como Dios lo ve. La división nace del orgullo, pero la unidad florece en la humildad. El Espíritu nos enseña a escuchar antes de juzgar y a amar antes de corregir. En la unidad espiritual, el cuerpo de Cristo encuentra fuerza y dirección. Separados nos debilitamos, pero juntos somos edificados como templo santo. Dios no habita en la contienda, sino en los corazones que buscan la paz. La unidad es testimonio vivo para un mundo herido y fragmentado. Cuando el Espíritu gobierna, las diferencias dejan de ser muros y se vuelven puentes. Amar al hermano es una señal clara de que Dios permanece en nosotros. No podemos decir que amamos a Dios si despreciamos a quienes Él ama. La cruz nos iguala a todos y nos recuerda nuestra dependencia de la gracia. En el Espíritu aprendemos a cargar las cargas unos de otros. La unidad requiere muerte al yo y rendición sincera a la voluntad divina. Dios nos llama a guardar la unidad, no a fabricarla con nuestras fuerzas. El Espíritu es el vínculo perfecto que nos mantiene unidos en Cristo. Allí donde hay unidad, Dios envía bendición y vida eterna. La iglesia unida refleja con mayor claridad la gloria de su Señor. La verdadera espiritualidad siempre produce reconciliación y comunión. Caminar en el Espíritu es elegir el amor aun cuando cuesta. La unidad nos forma, nos corrige y nos madura en la fe. En ella aprendemos a perdonar como hemos sido perdonados. Dios se glorifica cuando Su pueblo vive en armonía espiritual. La unidad no elimina el dolor, pero lo transforma en esperanza compartida. En el Espíritu somos muchos miembros, pero un solo cuerpo. Vivir en esta unidad es obedecer a Dios y manifestar Su Reino en la tierra.

*Posted in: Crecimiento | | With 0 comments*

---